

LUZBELA

Me mintieron en la escuela y en el catecismo. Me mintieron con lo del diablo. No es que diga que no existe, eso no, en lo que me mintieron es en el sexo. Siempre hablan de él como del sexo masculino, lo llaman Luzbel, Satanás y varios otros nombres propios de nuestro sexo. Y he aquí que me entero que pertenece al femenino. De esto estoy seguro, segurísimo. Me preguntarán que cómo puedo estar tan seguro. Por la sencilla razón que la vi. Y no una vez sino varias. No se llama Luzbel, se llama Luzbela. ¿Qué cómo es? Yo lo resumiría en una palabra: fantástica. Y también podría usar otras palabras, todas le van muy bien: bellísima, mango, buenísima, monumento, cuero y etcétera, etcétera, etcétera. Y sí que es un monumento. ¿Qué si tiene cuernos? No me ha dicho si es casada o no y si su marido...Pero no, no se le ven. ¿Y la cola? Ahí está el quid del asunto. ¡Qué cola, señores! ¡Qué trasero! ¡Qué nalgas! Cola de la otra, como la que le ponen a los diablitos en las pastorelas por supuesto que no tiene. De tetamen también está muy bien. O sea tiene buena popa y buena proa. De cara, bueno, no es fea, lo único que no me gusta es su color, muy colorado para mi gusto. Sus ojos son cafés. Su pelo pelirrojo. No podía tener otro color. ¡Pero el cuerpo! Nomás de recordar...Perdón. Es que me pone nervioso su imagen.

-¿Qué estás haciendo hijo?

- Nada ma.

- Cómo que nada. Ahí estás acurrucado en la cama a las dos de la tarde. Te oí que estabas hablando con alguien.

- Con quién quieres, mira, no hay nadie.

- Entonces es peor de lo que me imaginaba. Un joven acostado a las dos de la tarde y hablando solo. Algo tengo que hacer.
- Me voy a levantar.
- No es tan fácil. Si con eso se arreglara todo. Tengo que saber las causas. Estos días te he visto una mirada muy rara. Nomás espero que no me salgas con que estás usando drogas o algo así.
- Cómo pasas a creer.
- Tengo que creer en todo.
- Y si te digo que estoy enamorado por no decir enculado que suena muy mal.
- ¿Qué?
- Estoy perdido por una fémina.
- ¿Cuál fémina? ¿No le puedes decir su nombre?
- Huy, si te lo digo...
- ¿Es alguien que yo conozco? No me vayas a salir con que te enamoraste de una casada.
- No sé si es casada, soltera, virgen o mártir.
- Gracioso el niño. Dime con quién andas.
- Eso quisiera, andar con ella, pero no se deja la condenada.
- ¿Quién es? ¿Cómo se llama?
- ¿De verdad lo quieres saber?
- Por supuesto.
- Se llama Luzbela.
- No la conozco. ¿Ese es su nombre? Ya no saben los padres que ponerles. ¿Es de tu escuela?
- No, la conocí aquí, en la casa.
- ¿Aquí? ¿Cuándo vino? Yo casi nunca salgo.
- Entró a mi recámara.

- Me estás engañando.
- Me cae que así fue.
- ¿Y luego?
- Me pidió que desobedeciera los diez mandamientos.
- Tú te estás tratando de reír de mí pero no lo vas a lograr tan fácil. Di quién es, qué pasó, de dónde salió esa muchachita, qué quería, qué te dijo, de quién es hija, qué edad tiene...
- ¿No se te hacen muchas preguntas?
- ¡Con un demonio contesta!
- No es demonio, es demonia.
- ¿Qué?
- Que el diablo no es masculino, es femenino. Luzbela de la que estoy enamorado es una diabla.
- ¿Estás hablando en serio?
- Sí, se me apareció en este cuarto. Vieras que hermosa es.
- Ya veía algo raro en todo esto. Vamos a ver al señor cura.
- Yo para qué quiero ver al cura, quiero verla a ella.
- ¡Vamos!

- A ver hijo, dices que estás enamorado de una diabla.
- Así es padre.
- ¿Estás seguro?
- Sí.
- Pues para tranquilidad de tu madre y la mía también vas a tener que hacer en este momento un voto.
- Y si no quiero.

- Si quiere, padre. A mí no me va a desobedecer y si no lo hace ya se verá con su padre.
- No metas a mi papá.
- Claro que lo meto.

- Hijo, vas a hacer el voto.
- Lo que usted diga padre.
- Más que voto es una renuncia.
- Dí que sí. Te está hablando el señor cura.
- Sí.
- Bien. Repite conmigo: Renuncio a Satanás...
- Renuncio a Satanás.
- A sus pompas y a sus obras.
- Ahí sí no, padrecito. Puedo renunciar a sus obras.
- Se renuncia a sus pompas y a sus obras.
- Repito que a sus obras sí renuncio, pero renunciar a su pompas...Eso sí que no padre, si usted las viera...

Tomás Urtusástegui

2005